

ISSN: 1130-2887

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/alh201466169180>

LAS DOS GRANDES REVOLUCIONES DEL CARIBE, HAITÍ Y CUBA: ¿EJEMPLOS O ESCARMIENTOS?

*The two great revolutions in the Caribbean, Haiti and Cuba: examples
or lessons?*

Emilio PANTOJAS GARCÍA

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, Puerto Rico

✉ emilio.pantojas@upr.edu

BIBLID [1130-2887 (2014) 66, 169-180]

Fecha de recepción: 4 de octubre del 2012

Fecha de aceptación: 6 de enero del 2014

RESUMEN: ¿Por qué las dos grandes revoluciones del Caribe, Haití y Cuba, fueron condenadas al ostracismo por sus contemporáneos y se presentan en el discurso de la historia popular como escarmientos, más que como gestas ejemplares? Estas y otras preguntas relacionadas se contestan examinando tres aristas de argumentación: la revolución como momento crítico de transición, la sustentabilidad económica como reto central de las revoluciones y la revolución como utopía frente a la ontología del Caribe como región subordinada.

Palabras clave: revolución, socialismo, utopía, Cuba, Haití, Caribe.

ABSTRACT: Why did the two great revolutions of the Caribbean, Haiti and Cuba, were condemned to ostracism by its contemporaries and are presented as bad examples rather than exemplary events? These and other related questions are answered examining three arguments: revolution as a critical transition event, economic sustainability as a central challenge for revolutions, and revolution versus the ontology of the Caribbean as a subordinate region.

Key words: revolution, socialism, utopia, Cuba, Haiti, Caribbean.

I. INTRODUCCIÓN¹

¿Por qué las dos grandes revoluciones del Caribe, Haití y Cuba, se presentan en el discurso de la historia popular como escarmientos, más que como gestas ejemplares para las generaciones coetáneas y posteriores? ¿Por qué las dos grandes revoluciones del Caribe han producido países económicamente «rezagados» que no alcanzaron su potencial de desarrollo económico y político? ¿Por qué fueron condenadas al ostracismo político y a la construcción ideológica de imágenes negativas? ¿Se trata simplemente de que la hostilidad de los centros imperiales tuviera éxito en aislarlas y desacreditarlas? ¿Por qué ningún proyecto político, ni los de independencia decimonónica ni el de socialismo del siglo XXI de Venezuela, presentan a Haití o Cuba como modelos ejemplares de liberación y construcción de una nueva sociedad caribeña?

En este trabajo se propone abrir un diálogo franco y quizá polémico sobre las dificultades de construcción de una identidad y un proyecto de unidad caribeña y latinoamericana a partir de las dos grandes revoluciones de estas regiones. Para ello se buscan respuestas a los interrogantes planteados en las voces de varios de los protagonistas y simpatizantes de estas revoluciones. Más que respuestas definitivas se adelantan hipótesis y más que datos se presentan interpretaciones alternas. El objetivo es invitar a la búsqueda de posibles explicaciones a lo que parecen desenlaces enigmáticos y paradójicos tomando en cuenta que ambas revoluciones fueron de carácter popular que, en su momento, expresaron aspiraciones profundas de libertad e igualdad compartidas por las masas esclavas y trabajadoras del Caribe y América Latina. Ambas revoluciones fueron, además, solidarias con las guerras de independencia de América Latina de hace dos siglos, en el caso de Haití, y, en el caso de Cuba, con los movimientos e insurrecciones populares antiimperialistas de América Latina y el Caribe (Chile, Nicaragua, Granada).

Luego de sus respectivas revoluciones tanto Haití como Cuba fueron abandonadas a su suerte por los líderes políticos y las élites gobernantes de América Latina y el Caribe. Haití no fue reconocida por el Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, a pesar de los esfuerzos de Simón Bolívar. En el caso de Cuba, todavía no es miembro de la Organización de Estados Americanos. Más aún, ambos países fueron sometidos a bloqueos comerciales y sanciones por sus respectivas metrópolis, Francia y Estados Unidos —aunque Cuba no era colonia norteamericana al momento de su revolución—.

1. El autor agradece los comentarios y sugerencias de dos evaluadores anónimos de *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, a una primera versión de este artículo. Este texto es producto del trabajo como *Wilbur Marvin Visiting Scholar* en el Centro de Estudios Latinoamericanos «David Rockefeller» de la Universidad de Harvard. Una primera versión fue presentada como ponencia al X Seminario Internacional de Estudios del Caribe, «Estudiar El Caribe/ Imaginar El Caribe», Universidad de Cartagena, Instituto Internacional de Estudios del Caribe, Cartagena de Indias, Colombia, del 24 al 28 de julio de 2011.

Debe quedar consignado desde un principio que Haití no sólo fue la primera república de América Latina de la historia, sino que, sin su solidaridad con las fuerzas libertarias del siglo XIX, es posible que no se hubieran conmemorado las independencias del continente para estas fechas (2012). No sólo la Revolución haitiana sería la prueba para los libertadores de América Latina de que la independencia y el republicanismo eran viables más allá de la América anglosajona, sino que los revolucionarios haitianos serían más que simples inspiradores de la gesta de liberación de América Latina. Como se sabe, el presidente haitiano Alexandre Pétion proveería a Simón Bolívar del apoyo material necesario para las victorias definitivas de las fuerzas libertadoras. Cabe recordar que Bolívar fue ayudado por Pétion en dos ocasiones en 1816². Pero no fue sólo a Bolívar a quien Pétion ayudaría, se dice que la bandera venezolana fue diseñada cerca de la ciudad haitiana de Jacmel y que Francisco de Miranda la izó el 12 de marzo de 1812 a bordo de la embarcación *Leander* en la bahía de aquella ciudad³. Asimismo, existen documentos que se refieren a la presencia de «negros franceses» en los ejércitos libertarios.

En la segunda mitad del siglo XX, Cuba también se solidarizó con las luchas populares armadas y pacíficas de América Latina. El apoyo a los «focos guerrilleros» de la izquierda revolucionaria en Venezuela, Bolivia y otros lugares fue sucedido por el apoyo a procesos con gran raigambre popular como el triunfo de la Unidad Popular en Chile y del «sandinismo» en Nicaragua. La solidaridad cubana no se ha limitado a los procesos políticos insurreccionarios del llamado Tercer Mundo, sino también a las artes, la cultura y la salud.

Más allá de América Latina, en el Caribe angloparlante, líderes de la talla de Eric Williams y Michael Manley expresaron públicamente sus simpatías por la Revolución cubana y participaron con su líder, Fidel Castro, en el Movimiento de Países no Alineados. También discretamente desafiaron el bloqueo comercial norteamericano y mantuvieron vínculos comerciales con Cuba. En la década de 1980, el líder granadino Maurice Bishop vincularía la revolución de este país con la cubana. El epílogo a la edición de 1963 de su libro, *The Black Jacobins (Los jacobinos negros)*, se titula precisamente «De Toussaint L'Ouverture a Fidel Castro». Para James tanto la Revolución haitiana como la cubana representan momentos distintos de avance en la lucha contra el imperialismo y la afirmación del Caribe como un pueblo forjado al calor de las plantaciones azucareras y la esclavitud. Afirma que ambas revoluciones representan un proceso de toma de conciencia y afirmación de una identidad nacional caribeña (James 1989: 391-418). La lógica de esta toma de conciencia debería resultar, tarde o temprano, en la integración del Caribe como nación o federación de naciones.

2. En abril y diciembre de 1816 el gobierno haitiano de Pétion proveyó a Bolívar de los armamentos y provisiones para su ejército. <http://thelouvertureproject.org/index.php?title=Bolivar> (Fecha de consulta: 25 de septiembre del 2010).

3. *The Louverture Project*, <http://thelouvertureproject.org/index.php?title=Bolivar> (Fecha de consulta: 25 de septiembre del 2010).

No obstante los argumentos de James y los acercamientos bilaterales de líderes caribeños y de América Latina, ¿qué procesos dan cuenta de que estas dos revoluciones no se hayan convertido en modelos para la construcción de identidades y proyectos regionales y nacionales de caribeñidad? ¿Por qué, aun líderes contemporáneos de Fidel Castro como Juan Bosch, Eric Williams y Michael Manley tomarían distancia de estos dos procesos históricos a la hora de gobernar a pesar de sus simpatías por la Revolución Cubana y su retórica pancaribeñista? La respuesta a estas preguntas es compleja, tiene muchas aristas. En este estudio se abordarán tres, con la intención de provocar una reflexión que eventualmente vaya más allá de las interpretaciones adelantadas aquí.

II. LA REVOLUCIÓN COMO ETAPA DE TRANSICIÓN

Una primera aproximación remite a una explicación tradicional y conservadora que ve a las revoluciones como un fenómeno transitorio. Esta visión plantea que la revolución es un paso del gobierno establecido a un gobierno revolucionario donde imperan la virtud y el terror que sigue a la toma del poder por revolucionarios caracterizados como extremistas o radicales. Este gobierno revolucionario debe ser seguido por el «regreso» a un estado de «normalidad», conocida como reacción o efecto termidor⁴.

Aunque originalmente esta es una idea conservadora, esta visión de la revolución como un evento crítico que deberá restaurar una cierta normalidad, aunque sea dentro de un nuevo orden, es muy común. La idea de una revolución permanente o de un orden revolucionario en continuo estado de guerra no es concebible ni sostenible para la mayoría de las poblaciones. Así, por ejemplo, dos décadas después del triunfo de la Revolución cubana, el Nobel de Literatura Gabriel García Márquez en una conversación con Plinio Apuleyo Mendoza asevera lo siguiente:

Mi idea es que la Revolución Cubana está hace más de veinte años en situación de emergencia, y esto es por culpa de la incomprensión y hostilidad de los Estados Unidos que no se resigna a permitir este ejemplo a 90 millas de la Florida. [...] Mientras esa hostilidad persista, la situación de Cuba no se podrá juzgar sino como un estado de emergencia que la obliga a vivir a la defensiva, y fuera de su ámbito histórico, geográfico y cultural. Cuando todo esto se normalice volveremos a hablar (García Márquez 1982: 104).

Este fragmento de «El olor de la guayaba» fue reproducido en la revista *New Left Review* (1983: 5-10) bajo el título «Our Own Brand of Socialism» («Nuestra propia marca de socialismo»). Han pasado más de tres décadas desde estas publicaciones y todavía continúa la «situación de emergencia» en Cuba. Aunque García Márquez no habla de transición, se refiere claramente al restablecimiento de la «normalidad». No

4. Esta es una referencia a la fecha del calendario revolucionario francés cuando se inicia la reacción contra la revolución para «restaurar» el orden el día 9 del mes termidor del año II (27 de julio de 1794). B. MEEKS (2001: 12-13).

se trata de una visión conservadora restauracionista, pero sí de un reconocimiento de que la revolución no puede sostenerse como un estado permanente, al menos no en su manifestación de movilización y conflicto militar.

El fracaso del experimento socialista chileno en la década de 1970 y las revoluciones nicaragüense y granadina en la década de 1980 obligan a interrogar la lógica de la «emergencia». En tanto que hasta la caída del muro de Berlín en 1989 existía un orden geopolítico mundial bipolar, la lógica indicaba que toda amenaza a la hegemonía del poder metropolitano dentro de uno de los polos se vería como una amenaza y un «estado de emergencia». De hecho, esta misma lógica llevó al gobierno cubano a apoyar la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968. Según Fidel Castro en su conversación con Ignacio Ramonet, el imperativo geopolítico así lo requería aunque este fuera un hecho lamentable⁵. Por tanto, la lógica de un orden mundial con esferas de influencia geopolíticas definidas hacía de cualquier cuestionamiento del «balance geopolítico» establecido una «situación de emergencia», que enfrentaría represalias como respuesta lógica. Así, las amenazas militares, los bloqueos y otras sanciones políticas debían ser considerados por cualquier movimiento político revolucionario como parte de los retos que enfrentarían en cualquiera de los dos bloques.

Ciertamente, toda revolución se ve en perspectiva histórica como una etapa de transición. La pregunta es transición hacia qué: ¿libertad, igualdad y fraternidad, según la Revolución francesa; libertad y la búsqueda de la felicidad, según la Revolución estadounidense? Alguien dijo que las revoluciones ocurren cuando la vida cotidiana se hace intolerable. No obstante, también puede afirmarse que la vida cotidiana se hace intolerable cuando se vive en estado de emergencia permanente, esto es: en precariedad, contingencia y amenaza de agresión militar constante.

El hecho de que, después de 200 años de su revolución triunfante, Haití sea el país más pobre del hemisferio y que Cuba, luego de 50 años de su revolución, continúe en estado de emergencia puede explicar parcialmente que estas revoluciones no se convirtieran en modelos ejemplares de sociedad; nunca lograron salir de su situación de emergencia. No pudo completarse la transición para la construcción de la nueva sociedad igualitaria imaginada. Podría decirse que la atención a lo «urgente» no dio paso a la construcción de lo «importante».

5. «Mire, lo que le puedo decir es que nosotros considerábamos –y la historia nos ha dado la razón– que en Checoslovaquia se marchaba hacia una situación contrarrevolucionaria, hacia el capitalismo y hacia los brazos del imperialismo. Y estábamos en contra de todas las reformas liberales económicas que estaban teniendo lugar allí y en otros países del campo socialista. Una serie de reformas que tendían a acentuar cada vez más las relaciones mercantiles en el seno de la sociedad socialista: las ganancias, los beneficios, los lucros, los estímulos materiales, todas esas cosas que estimulaban los individualismos y los egoísmos. Por eso nosotros aceptamos la amarga necesidad del envío de fuerzas a Checoslovaquia y no condenamos a los países socialistas que tomaron esa decisión» (I. RAMONET 2006: 580). Las declaraciones originales pueden verse en el documental *A Grin without a Cat* de Chris Marker, Icarus Films Home Video.

III. LA REVOLUCIÓN Y EL IMPERATIVO ECONÓMICO

Otro factor complementario al estado de «emergencia permanente» o de «emergencia sin resolver» (transición inconclusa) que lleva al rechazo de la vía revolucionaria es lo que podemos llamar el imperativo económico. En 1990 el comandante sandinista Víctor Tirado López resumía este argumento de la siguiente manera:

Creo que se está cerrando el ciclo de las revoluciones anti-imperialistas, entendiéndolas como enfrentamiento total, militar y económico al imperialismo. Hay que buscar otras opciones. El mundo subdesarrollado no puede resistir ni vivir en guerras permanentes, como Etiopía, Mozambique, Angola, Afganistán, etc. Países subdesarrollados como el nuestro [Nicaragua], no resisten ya conflictos que afecten de raíz las bases económicas nuevas en el proceso revolucionario o, por último, hacer la revolución coexistiendo en una política de paz con Estados Unidos (Tirado López 1990: 29).

Las afirmaciones del comandante Tirado López son perfectamente comprensibles a la luz de los valores de la postmodernidad centrados en el consumo y el placer. Si se examinan las consignas de las revoluciones del siglo XX, se observan luchas campesinas por «paz y tierra» en Rusia y «tierra y libertad» en México. En Cuba y Nicaragua en los sesenta y setenta, las consignas adquirieron un corte nacionalista: «patria o muerte» en Cuba y «patria libre o morir» en Nicaragua. Es importante señalar que las revoluciones antes mencionadas son revoluciones de «occidente», es decir, europeas y americanas, inspiradas por los valores de la ilustración y el racionalismo europeo.

Propongo como hipótesis que las consignas de las primeras revoluciones del siglo XX revelan las aspiraciones del campesinado sin tierras de liberarse de la servidumbre. Las consignas de las revoluciones de la posguerra, por otro lado, revelan las aspiraciones por la soberanía nacional de las élites nacionalistas pequeño-burguesas (como se las llamaba en las décadas de 1960 y 1970) o de las clases medias con vocación de poder. Las élites de América Latina, habiendo visto múltiples golpes de Estado e invasiones norteamericanas, como el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 y la invasión de la República Dominicana en 1965, pasaron de las luchas por la tierra a las luchas por la soberanía, de manera que se pudieran garantizar las conquistas de procesos de reformas agrarias y el desarrollo económico y político autónomo. Todas estas consignas reflejan etapas distintas de luchas populares por la subsistencia que garanticen la libertad y el progreso, valores de la ilustración y la modernidad.

Pero como ha señalado García Canclini (1995), las transformaciones sociales, económicas y tecnológicas, la modernización e industrialización de América Latina (el paso del campo a la ciudad) nos han alejado de las identidades que «se definían por esencias ahistóricas: ahora [las identidades] se configuran más bien en el consumo, dependen de lo que uno posee o es capaz de llegar a apropiarse» (García Canclini 1995: 14). Para las nuevas generaciones en América Latina y el Caribe, la ciudadanía se refrenda mediante el consumo, no mediante actos políticos de sacrificio y compromiso con la entelequia de la patria. El surgimiento de la modernidad y con ello de las disciplinas como la historia

y la sociología han consignado no sólo la magnitud de las desigualdades sociales sino su persistencia, así como la constante ruptura de «promesas de bienestar y desarrollo» de las clases dirigentes. La idea de la nación como una gran familia y de sus dirigentes como «padres buenos» colapsó bajo el peso de las contradicciones socioeconómicas y la extensa documentación en los medios de comunicación de masas de la corrupción gubernamental y el enriquecimiento por medios ilícitos o ilegítimos de las élites gobernantes. Se ha perdido la inocencia, el velo de la corrupción se ha descorrido y, con ello, el mito de la patria.

Lo curioso es que este colapso de la inocencia se ha dado incluso en Cuba. Según el periodista Jeffrey Goldberg, de la revista *The Atlantic*, «le pregunté a él [Fidel Castro] si creía que el modelo cubano era todavía algo que valía la pena exportar. “El modelo cubano no funciona ya ni siquiera para nosotros”, dijo él»⁶. Una respuesta importante a la crisis económica en Cuba y toda América Latina ha sido la emigración y el establecimiento de comunidades de sustento económico en las metrópolis (Estados Unidos, España, Reino Unido). La aspiración de nuevas generaciones parece ser emigrar a la «patria del consumo». Otra respuesta a la crisis ha sido el incremento dramático en la violencia criminal que en países como Colombia, México, Jamaica y Puerto Rico adquiere proporciones comparables a una guerra civil o revolución no politizada⁷.

Aunque la Revolución haitiana cumpliría la promesa de dar tierra a los esclavos libertos, esta acción se convertiría en una de las bases de la pobreza del país. Junto a las sanciones económicas impuestas por Francia, la pequeña tenencia de tierra convertiría a Haití en una economía de subsistencia, de reproducción simple, que frente a una economía de consumo, de reproducción ampliada, se representa pobre.

Ambas revoluciones enfrentaron grandes obstáculos para alcanzar un proyecto de sustentabilidad económica. Las dos optaron por modelos semiautárquicos que a largo plazo no pudieron satisfacer las necesidades de sus poblaciones. En el siglo XXI esta situación se complica por lo que se ha llamado el efecto de demostración. A pesar de la pobreza en otros países de América Latina y el Caribe, la percepción es que en estos hay esperanza de movilidad social o de emigrar, esperanza que en Haití y Cuba se convierte en desesperación presentada al mundo por los «balseros» de ambas naciones.

Por otra parte, varios prominentes líderes caribeños rechazaron la independencia política como opción y se opusieron a este tipo de modelo económico, denominado «desarrollo hacia adentro» por la «teoría de la dependencia». Según Dubois (2004a), Toussaint Louverture nunca propuso la independencia y lo que proponía

6. GOLDBERG, J. F.: «Cuban Model Doesn't Even Work For Us Anymore». *The Atlantic*, September 8, 2010. www.theatlantic.com/international/archive/2010/09/fidel-cuban-model-doesnt-even-work-for-us-anymore/62602/ (Fecha de consulta: 17 de junio del 2011).

7. Siguiendo la línea de argumentación de García Canclini, se trata de una insurrección de los sectores subordinados en una batalla por acceder al consumo de bienes de lujo. Si se observan, por ejemplo, las redadas policíacas y allanamientos contra traficantes de droga y las representaciones videográficas de los artistas del género conocido como «reggaetón», se observará el despliegue conspicuo de armas enchapadas en oro, carros de lujo y la vestimenta con prendas de alto valor, llamadas «blin, blin».

era la restauración del sistema de plantación, sin esclavitud⁸. Asimismo, a mediados del siglo XX, Aimé Césaire en Martinica y Luis Muñoz Marín en Puerto Rico –contrafiguras de Fidel Castro– asumieron posiciones similares: las pequeñas islas del Caribe son sólo económicamente viables ligadas a las economías de sus metrópolis. Lo importante es que aquellas [las metrópolis] reconozcan la particularidad y dignidad de las culturas locales, la negritud martiniquesa y la hispanidad puertorriqueña. El conflicto entre el independentismo y el autonomismo predominó en los debates del Caribe hasta la independencia del Caribe angloparlante en las década de 1960 y 1970. No obstante, a finales del siglo XX, el consenso era que los países no independientes tenían niveles de vida más altos que los independientes. ¿Fueron recompensados los neocolonialistas como Césaire y Muñoz y castigados con bloqueos y sanciones económicas los nacionalistas radicales como Dessalines y Fidel? ¿Son las «sanciones imperialistas» la causa principal de la debacle económica de las revoluciones o hay explicaciones de orden interno estructural? En todo caso, el fracaso económico de las revoluciones es un hecho constatable, como lo admite el comandante Tirado López.

IV. LA REVOLUCIÓN COMO UTOPIA Y LA ONTOLOGÍA DE LA SUBORDINACIÓN

Como tercera arista de argumentación, resulta pertinente retomar el argumento avanzado por Michel-Rolph Trouillot en su libro *Silencing the Past (Silenciando el Pasado)*, según el cual la Revolución haitiana era un hecho impensable para los europeos aun en los momentos en que ésta se hacía realidad. Dice Trouillot:

La Revolución Haitiana desafió las premisas ontológicas y políticas de los escritores más radicales de la ilustración. Los eventos que estremecieron a Saint Domingue de 1791 a 1804 constituyeron un escenario para el cual ni la extrema izquierda política de Francia o Inglaterra tenía un marco conceptual de referencia. Estos [eventos] eran «impensables» en el marco del pensamiento occidental. [...] Pierre Bourdieu define lo impensable como aquello para lo que no se tiene instrumentos conceptuales adecuados (Trouillot 1995: 83).

La Revolución haitiana comienza como una insurrección esclava inspirada no sólo por las condiciones infrahumanas de la esclavitud sino también por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, producida por la Revolución francesa en 1789. Para los franceses, aun los más ilustrados como señala Trouillot, los esclavos no

8. Toussaint Louverture no abogaba por la independencia, sino por la libertad de los esclavos e igualdad jurídica de los seres humanos –negros y blancos– de Saint Domingue. La visión y política económica de Toussaint aspiraba a la restauración de la economía de plantación azucarera. Para él, la prosperidad económica de Haití estaría ligada a la preservación de la plantación y a su vinculación a la economía de Francia. La Saint Domingue francesa era la colonia más próspera del mundo y es posible que la aspiración del liderato de los insurrectos, además de la abolición, fuera acceder a esa prosperidad (L. DUBOIS 2004a: 238-240).

eran humanos –eran equivalentes a las bestias– y, si eran humanos, no tenían la capacidad para ser ciudadanos. Curiosamente esta primera etapa de la revolución no sólo culminará con la abolición de la esclavitud, sino con el establecimiento de una «colonia de ciudadanos», hecho sin precedente en la historia hasta entonces (Dubois 2004b). Es importante recalcar que el líder máximo de la Revolución haitiana, Toussaint, se dirige a Napoleón, el Cónsul de Francia, como el Cónsul de Saint Domingue⁹.

Serán los mulatos, bajo el liderato de Alexis Pétion, quienes proclamarán la independencia y con ello Haití se convertirá en la primera república de América Latina y la única revolución de esclavos exitosa en el mundo, hecho también impensable, no sólo para los más radicales pensadores del siglo XIX, sino para la mayoría de los caudillos de las guerras de independencia de América Latina.

Así como la Revolución haitiana, la revolución socialista cubana sería un hecho impensable tanto para los estadounidenses y europeos como para las élites cubanas y de América Latina, que la apoyaron en un principio. Una cosa era el derrocamiento de la dictadura de Batista por nacionalistas radicales y otra sería el establecimiento de una república socialista a noventa millas de Estados Unidos en medio de la guerra fría. Para los norteamericanos, aun los más radicales, como para los franceses republicanos, era impensable que una isla del Caribe se transformara de «una república de guaracha» a un país independiente, miembro del bloque socialista y líder eventual del Movimiento de Países no Alineados.

La Revolución cubana desafía también las premisas ontológicas y políticas de la izquierda en el siglo veinte. Recordamos por ejemplo el debate entre el francés René Dumont (1970) y el español Carlos Quesada (1971) sobre si Cuba era socialista o no. Para el francés lo que había ocurrido en Cuba representaba un movimiento hacia la soviétización. La centralización económica y la militarización distaban del avance al socialismo. Para el español Quesada, la centralización y militarización serían condiciones necesarias para la sobrevivencia del régimen y el papel central de Fidel, el líder, «se entronca perfectamente con la idiosincrasia del pueblo cubano» (Quesada 1970: 151). Llegando a conclusiones distintas, ambos coincidían en la descripción de la tendencia general del proceso. Otro autor latinoamericano argumentaría en la década de 1990 que:

El sistema socialista cubano, ha preservado de modo verdaderamente notable los rasgos característicos de la herencia ibero-católica: el centralismo, el autoritarismo y el dogmatismo, ha transformado, de acuerdo a su propia tendencia evolutiva, al estamento militar en

9. Asimismo, la idea de la igualdad de los ciudadanos negros franceses parece estar expresada en los títulos asumidos por los líderes revolucionarios: Jean Jacques Dessalines se convertirá en gobernador general y luego emperador de Haití, Henri Christophe se convertirá en rey y construirá un castillo militar, La Citadelle y un palacio residencial Sans Souci a la usanza de la nobleza francesa. Otros líderes militares esclavos como Biassau, Jeannot y Jean Francois se autodenominarán brigadier, almirante, generalísimo y virrey. Ver los trabajos de C. L. R. JAMES (1989: 94); M. R. TROUILLOT (1995: Cap. 2); L. DUBOIS (2004a: 252-253).

el sector más dinámico y sustancial –pero no en el más eficiente– de la sociedad cubana (Mansilla 1990: 150).

Según estas lógicas, el resultado de la Revolución cubana ha sido la conjunción entre el catolicismo autoritario y el estatismo soviético. Estas lecturas presentarían una imagen de los cubanos socialistas como una especie de católicos soviéticos, evidenciando claramente la falta de categorías para explicar este nuevo fenómeno.

Lo que subyace a estas visiones es la manera en que se entiende el Caribe. A la pregunta ¿qué es el Caribe? las respuestas que vienen a la mente se encuadran en el discurso de la subordinación: el Caribe es frontera imperial, traspasado productivo, mediterráneo americano. Haití es la primera república negra, no latinoamericana, y Cuba pasó de ser el centro de entretenimiento de la mafia norteamericana a «satélite soviético».

El éxito de la república haitiana como de la república socialista de Cuba era impensable, tanto para las élites metropolitanas como para las de la región, tanto en el siglo XIX como en el XX. Estas élites tenían mucho que perder con un nuevo proyecto que articulara una visión de identidad y solidaridad regional como el propuesto por C. L. R. James. Aunque Haití fue fuente de apoyo para los luchadores independentistas del siglo XIX especialmente en las Antillas y Cuba para los nacionalistas caribeños del siglo XX, desde Eric Williams y Michael Manley hasta Maurice Bishop, estas simpatías no se traducirían en actos de solidaridad que desafiaran la hegemonía de las metrópolis caribeñas de modo concertado. No se produjo un proyecto político regional de revolución ni de solidaridad con las revoluciones. Como se mencionó al principio, ni el Congreso de Panamá reconoció a Haití, ni Cuba ha podido reintegrarse a la Organización de los Estados Americanos.

Quizá la ontología del Caribe puede resumirse en la siguiente cita del historiador y primer ministro Trinitario Eric Williams, quien al final de su vida concluyó:

Lo que Dios ha separado, no se puede unir por ningún hombre. Esa es la ley de la sociedad del Caribe. Esa es la historia de todas estas islas desunidas, pobladas por personas traídas de todas las partes de Europa, África y Asia y últimamente de las Américas... una población de transeúntes buscando ir a otros lugares..., unas gentes muy parecidas pero tan diferentes como posiblemente pueden ser¹⁰.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN ¿EJEMPLO O ESCARMIENTO?

En el discurso contemporáneo es claro que tanto Haití como Cuba han sido estigmatizados como modelos fracasados. Haití es el país más pobre del hemisferio occidental y Cuba el menos democrático. Más allá de si este es el resultado histórico de bloqueos y acciones hostiles metropolitanas, el discurso dominante presenta las

10. Citado por H. GARCÍA MUÑIZ (2009: 195).

realidades inmediatas como verdades absolutas. Los medios despliegan con prominencia las imágenes de balseros haitianos y cubanos como símbolos de estos fracasos. Claro que hay balseros en otros países del mundo, pero estos no provienen de países con revoluciones que prometieron libertad y abolición de la pobreza.

Es curioso además observar que aun en los casos de líderes y gobiernos que establecen relaciones comerciales y alianzas estratégicas con Cuba al margen del bloqueo norteamericano, los líderes de estos países responden sin dudar que no están siguiendo el modelo cubano y toman distancia de éste. Antes de viajar a Cuba en agosto de 2011, por ejemplo, el presidente de Venezuela Hugo Chávez participó en una entrevista televisada con el exvicepresidente venezolano José Vicente Rangel. Cuando Rangel le decía, «Te acusan de copiar el “modelo cubano”», Chávez respondió:

Pero el que me acusa de eso es un ignorante, un farsante o bueno parte de toda esta dinámica para tratar de meterle miedo, satanizar el Proyecto Bolivariano que es muy distinto al proyecto cubano, son dos realidades totalmente distintas. Ahora, nosotros estamos aquí inventando y errando y yo creo que con las fallas immanentes a lo humano, a lo político y a lo político concreto, a las decisiones económicas, burocráticas y todo aquello, el inventar un modelo nuevo lleva consigo de manera inevitable el error. Ahora lo importante es, y creo que lo venimos haciendo, reconocer errores, la autocrítica y crear capacidades para trascender esos errores y esas grandes fallas que seguimos teniendo, quién lo puede dudar¹¹.

De esa misma manera, el ministro de Economía y Finanzas de Bolivia, Luis Arce, en la Conferencia de las Américas, un cóncave empresarial celebrado anualmente en Miami, declaraba a la prensa que:

Bolivia no sigue el «modelo cubano», que es «respetuoso de las opiniones del comandante Fidel Castro» y que ahora [Bolivia] tiene un Gobierno respaldado por el 64% de los electores¹².

Los proyectos políticos de socialismo del siglo XXI toman distancia del «modelo cubano» así como los independentistas decimonónicos de América Latina tomaron distancia de Haití, llegando a incumplir la promesa bolivariana de abolición de la esclavitud al alcanzar la independencia. El presidente Chávez reconoció que el modelo cubano había sido satanizado y tomó distancia con vehemencia de cualquier asociación

11. Programa José Vicente Hoy, Entrevista al Presidente Hugo Chávez. Domingo, 7 de agosto de 2011. www.revolucionomuerte.org/index.php/entrevistas-2/3807-entrevista-integra-realizada-por-jose-vicepresidente-rangel-al-comandante-hugo-chavez-; también, http://www.youtube.com/watch?v=_s5u-Z3xZhg (Fecha de consulta: 22 de marzo del 2012).

12. Ministro de Economía y Finanzas Públicas, expositor en Miami, *Periódico Opinión*, publicado el 15 de septiembre de 2010. <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/BANCOMUNDIAL/EXTSPPAISES/LACINSPANISHEXT/BOLIVIAINSPANISHEXT/0,,contentMDK:22696859~pagePK:1497618~piPK:217854~theSitePK:500410,00.html> (22 de marzo del 2012).

entre el modelo bolivariano y el socialismo cubano. También se distanció el ministro Arce, puntualizando el carácter democrático del gobierno que representa. La Revolución cubana toma entonces un carácter de experimento fracasado del cual se derivan importantes lecciones sobre qué no hacer y cómo no hacerlo. Quizá por ello se acuña el concepto de «socialismo del siglo XXI» para referirse al modelo bolivariano articulado por los países integrantes del ALBA, así como en la década de 1970 se habló de la «vía chilena al socialismo». Se trata como ha dicho un crítico de la revolución de un «espectáculo de ideas» que genera simpatías, entusiasmo, pero que no logra cristalizar la utopía prometida (Rojas 2007).

VI. BIBLIOGRAFÍA

- DUBOIS, Laurent. *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2004a.
- DUBOIS, Laurent. *A colony of Citizens: Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*. Kingston: Ian Randle, 2004b.
- DUMONT, René. *Cuba, ¿es socialista?* Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1970.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo, 1995.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El Olor de la Guayaba: Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1982.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. Our Own Brand of Socialism. *New Left Review*, 1983, vol. 138 (marzo-abril): 5-10.
- GARCÍA MUÑIZ, Humberto. El pancaribeñismo de Eric Williams: de la visión al proyecto regional. *CLÍO*, 2009, vol. 177: 195-276.
- JAMES, C. L. R. *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*. Segunda edición. Nueva York: Vintage Books, 1989.
- MANSILLA, H. C. F. Perspectivas para el movimiento socialista en América Latina. *Nueva Sociedad*, 1990, vol. 108 (julio-agosto): 132-146.
- MEEKS, Brian. *Caribbean Revolutions and Revolutionary Theory*. Kingston: Ian Randle, 2001.
- QUESADA, Carlos. *Cuba es socialista*. Río Piedras: Ediciones Librería Internacional, 1971.
- RAMONET, Ignacio. *Cien horas con Fidel*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2006.
- ROJAS, Rafael. Anatomía del Entusiasmo: La Revolución como espectáculo de ideas. *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, 2007, vol. 47 (diciembre): 39-53.
- TIRADO LÓPEZ, Víctor. Se acabó el ciclo de las revoluciones anti-imperialistas: Entrevista con el comandante Víctor Tirado López. *Claridad*, 26 de abril de 1990.
- TROUILLOT, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995.